

ODA QUINTA

A LOS REYES DE EUROPA

LA COMIDA LIBRE

Había en Roma un antiguo uso:
la víspera de la ejecución de los
condenados á muerte, se daba á
éstos, á la puerta de la prisión,
una comida pública, llamada *la
comida libre*.

CHATEAUBRIAND.—*Los Mártires*.

I

Cuando en el viejo Olimpo,
inmolando los santos Evangelios,
el pretor, apoyándose
en un tribunal frágil,
odiosos, proscribía para siempre
los templos de los fieles cristianos,
contentos de ser víctimas
que aguardaban sangrientos en su presa
los tigres y los dioses;

Un festín daba Roma
á su gozosa flor y nata santa
(como si en las orillas
del cáliz de Steneo derramando
gotas de miel, su compasión al mártir
á la propia energía disfrazara),

y quería, engañándose,
en una loca orgía
consolar á los santos,
á los que abría el paso de los cielos.

Recibía la púrpura
al convidado austero;
espumeaba el Falerno
en anchurosos cráteres de mirtos
floridos coronados; la miel de Hible,
los vinos malvasíacos doraba;
y en los vasos de oro,
del Asia los aromas
perfumaban sus pies martirizados.

Un arte profundísimo, mezclando
los tributos del viejo continente,
devastaba las selvas
y los fecundos mares despoblaba
para aquel festín libre.
Cualquiera hubiera dicho que, agotando
la pródiga Natura,
Sibario convidaba á los banquetes
de Epicúreo á los reos
que la muerte eligiera.

Sin embargo, los tigres
se agitaban mordiéndolo sus cadenas;
los leopardos cautivos,
de la arena sangrienta ya husmeaban
el obscuro camino;
y pronto aquellos monstruos, más humanos
que la mujer de Roma, ¡ay! extrañábanse
al mirarse aplaudidos por el hombre
y bañados en sangre todavía.

Los confesores y los sacerdotes
 á los leones eran arrojados
 cual la mano de un siervo
 ofrece los manjares más sabrosos
 al desdeñoso déspota,
 en pomposo banquete en que reune
 su santo cónclave;
 y, en pie, la Muerte pálida,
 cual un esclavo mudo,
 estaba detrás de ellos.

II

Como un festín, oh reyes,
 vuestra vida deslízase.
 La copa colosal de las grandezas
 que ansían los vulgares
 en vuestra mano brilla.
 Pero se mezcla en el concierto alegre
 de la efimera fiesta
 el sordo grito del plebeyo tigre
 que os espera mañana.

1823.

ODA SEXTA

LA LIBERTAD

I

Cuando el impío hasta los santuarios
 ha llevado el ultraje, todo huye
 del enlutado y despojado templo;
 pero el fiel sacerdote, de rodillas
 sobre las frías y desiertas losas,
 sus inciensos prodiga más que nunca,
 como nunca reparte sus plegarias,
 é inclina todavía más su frente
 ante el altar hollado.

Genouvo en Paris

II

Aun en nuestras lúgubres riberas,
 ¡oh bella viajera!, hermana augusta
 de los reyes, de Dios hija sagrada,
 ¡Libertad!... pura antorcha de la gloria...,
 ¡no, no te he dicho adiós!

 Porque mi lira
 es de las que, con voces importunas,
 lloran todo infortunio bendiciendo
 toda virtud. Mis abnegados himnos
 no arrastran la cadena del obscuro.

gladiador, pero salen á la arena
cubiertos con el lienzo de los mártires.

En la edad en que el alma lleva un soplo
magnánimo, en que el hombre lanza un reto
al porvenir, y á su amenaza muestra
su atrevida sonrisa; antes que expire
la flor de la esperanza, cuando el alma
pasa de la mañana fresca y pura
al medio día árido;

«¡Oh, salud,—yo decía,—
severa, amable virgen!
El mundo sigue tus alientos nobles,
¡oh Libertad! Te ama
como á una esposa joven, te venera
como á una abuela de cabellos blancos.
Salud, oh tú que sabes
de las almas, rompiendo ligaduras,
descender á la cárcel del cautivo
antes que del tirano á la morada;
á los conciertos de Cedrón mezclando
los de Permeso, siempre tu voz dulce
tiene alguna promesa
que consuela á los héroes moribundos.»

Así dije. Sonriendo
á mi embriaguez austera,
ví á los sabios del mundo
hacia mí dirigiéndose:
«¡He aquí la libertad! ¡Ya no más sangre,
no más llantos! Los pueblos despertados
se inclinan ante ella. ¡Ven, oh joven
amante suyo! ¡A la inmortal contempla!...»
Y á ella dirigíme
con flores y con palmas.

III

¡Oh, Dios! ¡La libertad
era un inmenso monstruo,
llamándose verdad por ir desnuda,
balbuceando gritos de demencia
y la declaración del vicio ingenuo!
Bien hubiera la fábula
podido dar á su furor impío
de las arpías la uña destructora
y de Egeón los mil potentes brazos.
El despojo de Roma
adornaba á los ídolos impuros.
El buitre reemplazaba
al águila imperial del Capitolio.
Su Panteón poblaban los infiernos.

El hurraño Suplicio,
la Tortura espumeante,
le traían la Muerte
como una amante venturosa. El monstruo
bajo sus pies tenía á todo un pueblo.
Y mintiendo los sabios
con palabras divinas,
de sus pesados pasos sostén eran
cuando entre las ruinas vacilaba
embriagado de sangre.

A las leyes de Esparta
mezclando las orgías de Sodoma,
y todos los azotes
buscando en toda clase de atentados,
anonadando al alma, figurábase
engrandecer al hombre y renovaba
el caos de otro tiempo.

Para herir su corona,
atreviéndose á herir en su cabeza,
rompía de los reyes
que en la tormenta habíanse perdido,
el trono envilecido; y algún resto
de la eternidad suya, á Dios dejando
en su destierro celestial, dignábase
dejarle en el olvido nuevamente.

IV

Y los sabios decían: «¡Gloria á nuestra
sabiduría! Ved aquí los días
de Roma; he aquí los tiempos
de la Grecia. ¡Naciones,
romped el freno indigno de los reyes;
Libertad! No queráis tener más amo
que sí mismo; sé, pues, dichoso y libre
¡oh soberano pueblo!
pues que de ti nuestro poder dimana.»

¡Aduladores déspotas!
¡Caricias mentirosas!
¡Oh vergüenza! Asia, Africa:
¿dónde se hallan, decidme,
todos vuestros sultanes?
¡Qué dulces son sus cetros, qué ligeras
sus cadenas parecen,
al lado de estos insultantes monstruos!
¡Oh multitud abyecta!, rinde gloria
en tu fuerte cadena amodorrada
al monstruo de Etiopía
por un hierro celoso mutilado.
¡Gloria, gloria á los mundos escondidos
en el harem impuro del profeta!

¡Gloria al esclavo obscuro
que les da su cabeza, que es al menos
en silencio inmolada!

El sultán, bajo muros
de pórfido y de jaspe,
echando á cien bellezas
una sonrisa de desdén, mancilla
el ámbar y la púrpura y el oro
y el coral; y al pasar pueden, de lejos,
conocer los vasallos
dónde están de su amo los placeres
por la cabeza que, engarfiada, adorna
del serrallo la puerta.

¡Pueblo feliz! Alzándose en la sombra
la atrevida revuelta, entre sus techos
en desorden, á veces á menudo
el inquieto genizaro deshace
el violento incendio, cual la ardiente
ala del huracán. ¡Pueblo dichoso!
Su vida, de un visir es el dominio;
un tremendo veneno
que la muerte pasea
va marchitando sus infectas costas;
la esclavitud al yugo del espanto
lo encadenó. ¡Pueblo feliz tres veces!
¡Divinos sabios á los que se alaba,
él la Libertad vuestra no conoce!

V

¡Oh Francia! Al cielo es donde se ha marchado
en nuestros días de furor y rabia
la amada Libertad, augusta madre

de las santas hazañas; es preciso,
para que este astro tutelar refleje,
que el río popular, puro en sus ondas,
á la sombra del trono se deslice
en sus leyes sagradas apoyado.

Del yugo de los malos
Dios ha librado al mundo.
Él, á su vez, entre los oprimidos
colocóse en su fila;
¡oh reyes!, su palabra
es fecunda en promesas fraternales.
Él, ¡oh pueblo!, fué pobre,
y sufrió humilde siempre.
¡Salvadores de pueblos socorridos!
Guarda la Libertad, siempre sublime,
á toda abnegación una sonrisa
para todas las víctimas del mundo.
A su mirada dulce, son hermanas
la Vendée y las Termópilas,
y en los mismos asilos, una misma
guirnalda de laurel á Malesherbes
y á Codro enlazándolos reune.

VI

Cuando el impío hasta los santuarios
ha llevado el ultraje, todo huye
del enlutado y despojado templo;
mas, sentado en el polvo, el sacerdote
fiel su incienso prodiga más que nunca,
como nunca reparte sus plegarias,
é inclina todavía más su frente
ante el altar hollado.

Julio, 1823.

ODA SÉPTIMA

LA GUERRA DE ESPAÑA

I

Potente y venerable
hija, con los cabellos blanquecinos,
de los revueltos tiempos,
con su fulgor cruzando
su impenetrable noche
donde tantas estrellas ya no brillan;
sometiendo las águilas al cisne
y á las palomas el azor; alzándose
de una tumba á otra tumba,
gigante que se agranda con su carga;
consagrando en el templo
las armas que la velan
y mezclando los rayos
de la santa aureola
de la real bandera á los florones;

¡cuán bella es la realeza!
¡Oh pueblos!,
¡qué bella es y qué dulce! Sólo á fuerza
de beneficios sus derechos compra.
Su fuerte brazo, cuando rebelada
la multitud borbota,
con la cruz sacrosanta cubre el cetro.

Este coloso terrenal de bronce,
 con seculares brazos
 levanta en las tormentas populares
 un faro de fulgores esplendentes;
 y ligando al pasado tenebroso
 el porvenir fecundo,
 pone sus pies, por la onda combatidos,
 sobre las dos orillas de los tiempos.

II

A más, ¡cuántas desgracias
 impone á los mortales infelices
 que al recóndito yugo
 de las nobles diademas
 inclinaron sus frentes condenadas!

Sus almas, es preciso
 que sean almas santas y sublimes.
 Afrontando los rayos y el abismo,
 no debe del escollo huir la nave.
 Un rey que sea digno de su cetro
 no sabe nunca descender del trono,
 pero sabe bajar hasta el sepulcro.

Es preciso que un príncipe
 también tenga una espada,
 cual la tiene el soldado. Así, es preciso,
 cuando de la facción el astro impuro
 ha aparecido, que de noche y día,
 su esperanza engañosa desafiando,
 á su lado un acero vele siempre,
 ó que se haga un cortejo de su ejército;
 que se proteja su palacio erguido
 con un campo de guerra deslumbrante;
 porque es de la realeza
 la guerra compañera; no es posible

romper tu cetro, oh noble Carlomagno,
 sin romper de Roldán la enhiesta maza.

III

¡Roldán! Noble elegido de la guerra,
 ¿no es cierto que tu sombra despertándose
 á los gritos de nuestros campeones,
 al pasar no hace mucho por los campos
 de Roncesvalles, los tomó gozosa
 por aquellos antiguos caballeros?

Porque sentado el héroe
 en su célebre tumba
 los veía del Ebro en las riberas
 su vuelo victorioso desplegando
 de lo alto de los montes, parecidos
 al águila sus alas extendiendo,
 sacudir, persiguiendo sudorosos
 á unos nuevos infieles,
 de Martel la cimera deslumbrante.

Todavía otro héroe,
 Pelayo, espanto de la tiranía,
 Pelayo, otro vencedor del árabe,
 desde el cielo gozoso saludaba
 nuestras compactas filas.
 En el carro do brilla nuestra gloria
 veía de Castilla
 el antiguo león sumiso y noble;
 nuestro grito de alarma repitiendo
 y mezclando su lanza
 nuestras armas, nos decía: ¡Amigos!

IV

Humeante la España todavía
de un conquistador fiero á las pisadas,
por su real virginidad gimiendo,
seguía entre los brazos
de su espantable amante,
á nuestra libertad prostituída.
Aquel altivo pueblo renegaba,
sofocado por déspotas vulgares,
agotado por guerras, del vil monstruo
que en sus campos se había introducido;
tan fatigado de tribunos viles
y serviles tiranos,
que él mismo á sus ciudades
llamaba al extranjero
sin temblar al pensar ser socorrido.

Llegaron los franceses.
Desde el Rhin hasta el Bósforo, naciones
del Norte, de Poniente y Mediodía,
¡por qué vosotros, cuya frente nubla
todavía el espanto
y se inclinara á su atrevida planta;
naciones escapadas por la víspera
á su cadena y que caer se vieran
delante sus aceros,
ó que por ellas subsistís; ciudades,
imperios, potentados, reinos, príncipes!...
¿Por qué, Estados potentes
que fuísteis á la vez provincias nuestras,
preguntáis si vencieron?

Han aprendido ya de la anarquía
si pesa el hierro galo;

pero España, por ellos libertada,
no debe avergonzarse
de sus hazañas nobles;
todos los pueblos que el Señor fecunda,
cuando, fecunda en crímenes, la hidra
hacia ellos dirige el triple dardo,
tienen, contra su furia coaligándose,
por patria comunal el santo templo,
la cruz por estandarte victorioso.

V

Sin embargo, Madrid, en adelante,
¡calle á la historia éxitos
demasiado contados por su orgullo!
¡Calle también aquel real cautivo
que la ingrata victoria
á sus muros mandara en otro tiempo
Cádiz vengó la afrenta de Pavía.
A la sombra de un héroe arrebatada
ha devuelto la gloria
sus derechos completos; y olvidando
qué francés ha traído sus cadenas,
la fiera España ha visto
si las manos robustas
de nuestros valerosos campeones
saben romper los hierros de los reyes.

¡Preparad, castellanos,
solemnísimas fiestas
del muro de la antigua Zaragoza
de Almonacid al campo! Nuestras palmas
fraternales mezclad á los laureles
nuestros. Al Cid cantemos
y cantad á Bayardo.

¡Que el viejo Escorial responda al Louvre!
 ¡Que vuestros estandartes se confundan
 con nuestros victoriosos estandartes!

¡Que Gades edifique
 un altar en su playa!

¡Que en los montes do alzárase Pelayo
 se encienda por sí mismo
 un fuego misterioso!

Para dar testimonio á sus palabras,
 esos Decios de ahora ¿dónde se hallan?
 ¡Espera á los Scévola el brasero!

¡El antro horripilante
 á los Curcios espera!

¡Qué! Arrastrando sus frentes en el polvo,
 de Borbón las rodillas
 todos abrazan. ¡Ah!... Mas la victoria
 es generosa y es su injusta causa
 bien desdichada; ellos son vencidos
 y son ellos absueltos.

VI

Un Borbón en castigo
 rehuía el combate.

De su triunfo el derecho
 era siempre el perdón. Mas, sin embargo,
 de la facción que con su brazo acaba
 de deshacer, la última brasa extingue.
 ¡De cuántos males, pueblos, así os libra!
 ¡A qué crímenes hoy suele entregarse
 el monstruo que á sus plantas se estremece!
 Nosotros que lo hemos abatido
 fuimos conquista suya.
 Y nosotros sabemos, cuando cae

una real cabeza,
 cuánta sangre se vierte.

¡Venid, guerreros nuestros! ¡Vuestras madres
 están contentas! ¡Vuestros fuertes brazos,
 terror del mundo, vuélvense su apoyo!
 ¡Ya se ha visto bastante deshacerse
 bajo las tiendas vuestras los imperios!
 ¡Levantad á los reyes! Dios coloca
 vuestro carro en su arca deslumbrante;
 vuestra guerrera tienda
 en su inmortal, radiante tabernáculo;
 guían vuestros pendones
 á las legiones santas;
 ¡Dios quiere que repose vuestro casco,
 entre los santos vasos, á su diestra!

VII

Ha terminado todo;
 de la esperanza lejos
 al crimen espantado desterrando,
 han confiado los cielos á la Francia
 la guardia de los reyes;
 su genio, descubriendo las traiciones,
 como una luz de siete llamas brilla
 del Jordán escondido entre los templos;
 guardián de los tronos,
 su acero es la celestial espada
 que del Edén en el portal llamea.

Noviembre, 1823.

ODA OCTAVA

AL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA

Mon deficit alter.

VIRGILIO.

I

Tiene Francia palacios, tiene tumbas,
 pórticos y vetustos
 castillos atestados de estandartes,
 heroicos y antiguos
 joyeles en peligros conquistados;
 de su valor piadoso, siempre pródigo
 en ejemplos, despoja
 los campos extranjeros y engalana
 con sus trofeos sus soberbios templos.

Se ven en sus ciudades, atestadas
 de monumentos, Roma con sus dioses
 Memfis y sus oscuros mausoleos,
 el león de Venecia
 ha dormido en sus muros,
 y cuando el bronce falta en sus columnas
 para adornar sus vastas Babilonias,
 lo pide al enemigo.

Al lucir su armadura deslumbrante
 en los combates, su oriflama augusta

y de lises sembrada
 escuadrones deshace cual rebaños;
 después sus dones al vencido ofrece,
 acabada la guerra,
 y como una sencilla fruslería,
 mezcla con ellos sus banderas propias.

II

¡Arco triunfal! El rayo, derribando
 á tu amo, parecía haber herido
 tu frente aún no nacida.
 ¡Por nuestros nuevos triunfos
 hete ya realzada! Nuestro ejército
 ilustre no ha querido en nuestra fama
 que hubiese un monumento no acabado.

El magnánimo nombre dí á los siglos
 de su jefe. Y léase en tu frente
 que no hay laurel sublime que á los gladios
 franceses pueda discutirse. ¡Álzate,
 pórtico de victoria, hasta los cielos!
 ¡Que el gigante de nuestra
 gloria pueda pasar sin inclinarse!

Noviembre, 1823.

ODA NOVENA

LA MUERTE DE LA SRTA. DE SOMBREUIL

Sunt lacrymæ rerum.

VIRGILIO.

I

¡Oh lira! Otro homenaje todavía
 á la virtud que te ama.
 Ya sobradas canciones de anatema
 á Ezequiel tomaste
 y al fúnebre Isaías. Son precisos,
 lira, para consuelo de los muertos;
 para llorar las víctimas,
 los cánticos sublimes
 cuyos ecos resuenan en la gloria.

¡También la gloria la ha llamado á ella!
 Los cielos á Sombreuil nos envidiaban
 y han tomado otra vez su desterrado.
 Desterrados también, todos nosotros
 duelo llevamos. Responded: ¿Se ha visto
 su sombra luminosa evaporarse
 en la noche sombría, ó dirigirse
 hacia el día inmortal? Decidme: ¿Vióse
 descendiendo, subiendo? Sus cenizas,
 ¿dónde colocaremos?
 ¿Encima del altar? ¿En una tumba?

¡Oh! ¡No lloréis! Roguemos.
 ¿La han reclamado junto á sí los santos?
 Oremos; adoradla fervorosos
 vosotros que la amasteis.
 Está con sus hermanas,
 —ángeles hechiceros y purísimos,—
 las vírgenes sublimes de otro tiempo
 que, puestas en la cruz cual si estuvieran
 en un lecho de flores,
 sobre ardientes braseros acostadas
 en sus tormentos bárbaros durmiéronse.

Su vida era un misterio candoroso
 de inocencia y febril remordimiento.
 Aquella alma pasó sobre la tierra
 entre muertos y vivos. A menudo,
 la infortunada,—cual si del destino
 suyo hubiera la muerte roto el lazo,—
 sentía, con terrores espantosos,
 en sus pálidas venas, congelarse
 una sangre que no era sangre suya.

II

¡Oh día en que la muerte
 perdió su privilegio!
 ¡Oh día en que una vida rescatando
 de un sacrilegio al precio, deslizóse
 en tu seno de virgen
 la sangre de los muertos! Colocada
 entre el brevaje impuro
 y el parricida hierro,
 los verdugos, con risas infernales
 y fúnebres insultos, á la tímida
 heroína acosaban.

En lo alto del suplicio está su triunfo:
Ella, al cielo volviendo la mirada,
bebe la sangre con el mismo cáliz
en que Jesús bebió la hiel, muriendo.
¡Oh! ¡Cuánto amor en su valor se admira!
Después, al perecer en la tormenta
sus padres, que la Francia compadece,
para consuelo de la augusta virgen,
el Señor su familia confióle
y huérfanos y viudas.

III

Puesto que le fué dado
sobrevivir á su martirio, ella
fué para nuestras costas,
de las cuales la fe veloz se aparta,
un rayo de la tarde
en el vasto horizonte detenido;
Dios la escogió entre todas las mujeres,
y quiso que quedara entre sus campos,
donde tan pocas almas se cosechan,
aquella hermosa y madura espiga
de las mieses sagradas.

¡Oh! ¡Ella cuán feliz era aquí mismo!
El Señor, con el brazo con que venga
sus derechos, sostiene á los que ama
y á soportar sus cruces les ayuda.

En extrañas visiones
muestra á Jacob la escala de los ángeles
y de Eudor á Saúl muestra los antros,
y con su mano santa y misteriosa
sabe esconder la miel en el ajeno
y la ceniza en las manzanas de oro.

Jamás se ha amortiguado
su constante equidad. Bajo la púrpura
donde expía su dicha, el malo envía
al abatido fiel una techumbre
de bálago; y en tanto
que el impío dichoso
se balancea encima del abismo
creándose un infierno con sus crímenes,
en su dolor el justo
con su austera virtud se forma un cielo.

Dicen que, de la vida al alejarse,
pareció que la echaba ella de menos
y dirigió miradas envidiosas
á las prisiones que á abandonar iba.
«¡Oh Dios,—clamaba,—retardad mi muerte!
¿Ya soy digna de alzar mi raudo vuelo
marchándome del valle de las lágrimas?
No, no es la muerte lo que yo os imploro,
¡oh mi Dios! Sufrir puedo todavía
y aún quiero dar consuelo.

»Me voy. ¡Tened piedad de los que dejo!
¿Qué amor volverá á darles
el amor que yo tengo para ellos?
¿Por qué, Señor, tan pronto
coronarme con vuestra santa dicha?
¡Oh! ¡Dejad todavía que mi alma
se esparza entre mis males! En la gloria,
á mi defensa no tendré oprimidos,
ni para perdonar tendré opresores.»

¡Es, pues, preciso que perezca el justo!
Todos aquellos pobres habituados
por ella, enumerados en sus quejas,
han parado delante de su casa.

Ahora, de las chozas, ¡pobres hijos!,
 pagad en oraciones sus limosnas;
 seguidla ¡ay! con un adiós piadoso,
 huérfanos y viudas deplorables,
 los que en el mundo, miserables pobres,
 sois de Dios las imágenes augustas.

IV

¡Oh! ¡No vuelvas, Señor, á arrebatarnos
 á los que animas con tu excelsa llama!
 Si la virtud se va, ¿qué será el crimen?
 ¿Dónde hallarán los ojos
 de los malos descanso? No deshagas
 una esperanza saludable al mundo.
 ¡Señor! ¡Deja á los justos en la tierra!
 ¿Que no tienes, tal vez, bastantes ángeles
 en los reinos del cielo?...

Diciembre, 1823.

ODA UNDÉCIMA

EL ÚLTIMO CANTO

¡Oh, musa, que te dignaste alen-
 tarme en una carrera tan larga como
 peligrosa, vuelve ahora á las man-
 siones celestes!... Adiós, consola-
 dora de mis días, tú que participas-
 te de mis placeres y con mucha
 más frecuencia de mis dolores.

CHATEAUBRIAND.—*Los Mártires.*

¡Y deja tú también la lira!
 ¿Qué importa el Dios que á ti te inspira
 á ese mortal grosero y frío?
 Cuando le inciensas ríe de Él.
 ¡Rompe un laúd sin poderío!
 ¡Baja de un carro sin corcel!

—¡Oh! ¡Cuánto es pura y santa la visión del poeta
 al vislumbrar, sin miedo á la guadaña inquieta,
 su gloria, que regresa de un tiempo fenecido!
 Desde su almo sitio, en edad no llegada,
 contempla, á sus recuerdos prestando atento oído,
 su nombre, como mole en un abismo echada,
 que al porvenir arranca su acento agradecido.

Augusto gozo á mí negado.
 No he hecho mi presa en el pasado;
 no abrió por mí la gloria brecha.

Mi musa, en el alúd rugiente,
cayó del mundo en la corriente,
cual débil lirio en mar deshecha.

Y, no obstante, mi musa es inocente y bella.
El astro de Belén no se desdeña de ella;
cual los reyes pastores, yo seguí su arrebol.
Que Dios de su palabra el don en mí rebele,
pues le olvida cobarde de su pueblo el estol:
y ya mi laúd llore, ó amenace, ó consuele,
irán á Dios mis cantos, como el águila al sol.

De mi alma el piélago llamea,
elévase de idea en idea
cual del precioso riachuelo,
cual del purísimo arroyuelo
(do bebe el árabe bravío),
pasa la gota de agua al río,
del río al mar, del mar al cielo.

Mas ¡oh hogares sin chispas, flor que ni aroma exhalas!
¡Hombres!, entre vosotros aire falta á mis alas.
Vuestro mundo es finito; vuestro aliento es como él.
Los lirios os parecen de vulgares colores.
Yo me embriago de ajeno, embriagaos de miel.
Combatid vuestras guerras y amad vuestros amores,
ya que en la parca sólo halláis el amor fiel.

Sin encontrar eco en mi vía,
dí mi voz, débil todavía;
mi lira, en fin, de dura fibra,
sonó entre tantas ruindades
cual, á través de las ciudades,
del potro el pie sonoro vibra.

En vano hice estallar la cólera eternal,

y, para domeñar su alma criminal,
hice hablar el perdón por voz de los dolores.
De lo alto de los cielos, mi augusto pensamiento
sobre esta baja tierra, plantel de sinsabores,
ya propicio rocío, ó huracán turbulento,
ni mató la zizaña, ni fecundó las flores.

Hasta la muerte todo llega.
El hombre ¡ay! que el tiempo siega,
en vano en contra de él se bate.
Nada de Dios la espera engaña;
la vida es tienda de campaña
do sigue al sueño el gran combate.

¡Esto es, pobre mortal, lo que tu alma olvida!
La tasa de los años no está en todos cumplida,
pero alcáncela en paz; bajo el cielo ofendido
goce la luz, en medio la vileza do mora.
Cuando en lo eterno esté su suerte decidida,
se asirá con terror á su postrera hora
como á restos dispersos de un barco sumergido.

¡Adiós, pues, suspirante salterio!
No es de aquí ya, musa, tu imperio,
¡oh musa excelsa en tus cantares!
De aquí el recuerdo en ti se borre;
del templo el velo otra vez corre;
vuelva la sombra á sus altares.

Hágoos presente, oh Dios, del ramo de esperanza;
es la divina espada ó la celeste lanza;
cumplí mal la tarea para que fuí enviado.
Así, de opuestos vientos juguete involuntario,
para el águila el vuelo apenas levantado;
y rozando á la tierra en su paso incendiario,
vuelve el rayo hacia el cielo sin haber descargado.